





**S**AGRADO deber es para mí, y al mismo tiempo un placer sin igual, el asistir á las distribuciones de premios de este mi querido plantel. Si las ovejas todas tienen derecho á los cuidados del diligente Pastor, mayores deben ser sus afanes por aquellas en quienes cifra sus esperanzas, y necesitan más de sus desvelos por su tierna edad y especiales circunstancias. Ya sea que vaguen por las montañas, ya estén encerradas en el aprisco, ya caminen pastoreadas por su propio cayado, ya las tenga confiadas á otros zagales, su deber es seguirlas por todas partes, ver con sus propios ojos sus progresos, cerciorarse personalmente de sus miserias. He aquí por qué penetro con tanta presteza en este cercado recinto, y ya seais muchas, ya pocas, ya sean vuestras fiestas largas y ruidosas, ya sencillas y sin boato, vengo siempre con igual interés, y os hago ver hasta en el traje que porto, que asisto en mi calidad de Obispo, de Pastor de vuestras almas, y no como en otros negocios ú otras fiestas de familia, en que intervengo como Padre ó amigo.

Pero más que un deber, es un placer inmenso el encontrarme en medio de vosotras en esta y otras ocasiones semejantes. Bien conocidas son mis simpatías por el instituto del Sagrado Corazón, y nadie ignora que por él me he desvivido durante largos años. Lo conozco desde mi temprana juventud, y una larga experiencia me ha enseñado á aquilatar sus altísimos méritos. Su objeto, bien lo sabéis, es dar una educación sólida y esmerada á las niñas de las clases elevadas, y por este medio difundir en todas la instrucción, la moralidad, el espíritu religioso. Para ello se requiere gran criterio en la elección de sus miembros, una disciplina severísima, una vida de incesante estudio, mucho esmero en la formación de las maestras, prudencia, celo, tino, laboriosidad, en escala tanto mayor, cuanto más alto se encuentran en la sociedad las personas que es fuerza educar. Todas estas cualidades, todas estas virtudes que en el Sagrado Corazón he visto durante largo tiempo resplandecer con mayor brillo que en cualquiera otro instituto, me deslumbraron desde mis primeros años de sacerdocio, y me hicieron suspirar por verlo florecer en México.

Otra cualidad atrajo mi atención, después que, elevado á la dignidad episcopal, y avezado al gobierno de los hombres, aprendí por experiencia cuán difícil es conciliar todos los intereses y conservar la paz en el místico rebaño de Jesucristo. Distinguido miembro de una curia episcopal de las más importantes de Francia, hablándome de las relaciones de su Obispo con la Sociedad del Sagrado Corazón, me elogió sobremanera su adhesión y fidelidad á los Prelados. "No dependiendo, me dijo, de ninguna congregación de varones, es más íntima su

unión con el Ordinario, quien sabe que puede contar con ella en las situaciones más críticas. Si fueran como las Clarisas, ó las monjas de Santa Catarina, ó las Hermanas de la Caridad, que dependen de los Franciscanos, Dominicos ó Lazaristas, en alguna diferencia que pudiera tener el Prelado con estas congregaciones, las Damas del Sagrado Corazón se podrían convertir en adversarias; y lo que no causaría grave daño, tratándose de religiosas entregadas á la vida contemplativa, ó consagradas al servicio de hospitales ó asilos, sí sería de incalculable trascendencia en las que educan á las hijas de la nobleza ó manejan á la aristocracia por medio de las Hijas de María. Pero este peligro no existe en las comunidades de que hablamos, y saben los Prelados que en todas ocasiones las tendrán por amigas y aliadas, y que serán sus establecimientos de educación, lo que tratándose de colegios de varones son los seminarios: los plantales por excelencia del Obispo. Á esto se debe en gran parte el que se hayan propagado tanto y florezcan de tal manera en Francia. De otra suerte, sin la confianza absoluta de los Prelados no habrían podido prosperar."

Tales fueron los informes que se me dieron, y mi propia experiencia me ha demostrado la exactitud de las aseveraciones que acabo de enunciar. ¡Oh! ¡Con qué deleite repaso la historia de la fundación de este colegio, y vuelvo á sentir las dulces emociones que me agitaron los primeros meses de su vida!

Aun gobernaba yo la diócesi de Linares, cuando las tres primeras Damas del Sagrado Corazón llegaron inesperadas á la Capital de la República. Saberlo y desear llevarlas á la de mi diócesi, fué todo uno. Pero ¡ay! no

era entonces población á propósito para planteles de tan alta categoría, como deben ser los del Sagrado Corazón, ni había los suficientes elementos materiales para sostenerlos. No obstante, mi anhelo por hacer adelantar á mis diocesanos á paso de gigante, me hizo prometer que supliría con mis recursos personales lo que la diócesi no podía suministrar. No conseguí mi objeto á pesar de mi lealtad en exponer todas las circunstancias favorables y adversas.

Sí lo logré pocos años después al ser trasladado á San Luis Potosí; y á la desconfianza primera sucedió una confianza sin límites y una fe ciega en mis palabras y promesas. Repetí las mismas ofertas de cooperación personal antes hechas; pero mi estimación de los recursos y disposiciones de mi nueva ciudad episcopal fué totalmente diversa. "Hay grandes elementos no aprovechados (dije), y todos están á mi disposición en este momento. Venid, volad: un minuto de tardanza podría comprometer la fundación. El favor popular es fugaz; el pueblo, en todas partes, aun el pueblo cristiano, es mudable más que el viento, y el prestigio de que ahora gozo y que á vosotras también alcanzará, puede perderse á la hora menos pensada, y en tal caso las puertas de mi diócesi se os cerrarán."

Aún viven, aunque lejos de aquí, las personas que de esta manera me oyeron expresar, y cedieron al impulso de mis palabras. ¡Oh! ¡Con qué temores conduje hasta esta casa, entonces en sus principios, á la primera colonia del Sagrado Corazón. No olvidéis que ninguna vía férrea nos ligaba entonces al resto del país, y que se necesitaban mil precauciones para ir trayendo á través de

las montañas á una falange de mujeres, casi todas extranjeras, aun no conocidas ni estimadas en estas regiones, y nada acostumbradas á nuestro modo de viajar de entonces. No quise encomendar á nadie la difícil tarea de conducir las á su destino. Unas veces por un rumbo, otras por otro; unas en mis propios carruajes, otras en los de mis amigos y parientes, fuí trayendo sanas y salvas á las treinta profesoras que constituyeron el primer cuadro de este colegio.

¡Oh! ¡Cuántos temores, cuántas emociones! Como me ha acaecido en todas mis empresas, no sé si por orgullo ó dignidad, á nadie pedí un centavo para la que ahora acometía, y quise que para mí solo fuesen los honores del triunfo ó la vergüenza de la bancarrota y el oprobio del vencimiento. Los recursos pecuniarios no me faltaban; contaba con los esfuerzos de mis nuevas aliadas; pero esto no basta cuando se trata de un establecimiento de educación: nada se puede hacer sin alumnos, es indispensable el favor del público.

Obtuve este favor mucho más de lo que me hubiera atrevido á esperar. En vez de las cuarenta niñas que creí que á lo sumo podrían llenar el *pensionado*, el número se duplicó bien presto y se llegó á triplicar más tarde. La escuela de pobres, á los pocos días de abierta, contaba 500 alumnas, y después subió al enorme número de 720, cifra inferior únicamente á la de la escuela de Chicago, que contaba 1,000, aunque ahora ha bajado lo mismo que la nuestra. Un éxito tan rápido como brillante aprovechó, no sólo á esta casa, sino á las demás que antes que la nuestra se habían establecido en la República, y procedían tímidamente en algunas de sus empresas, tenien-

do que luchar con no pocas preocupaciones y contrariedades, que se disiparon como el humo al ver la facilidad con que nosotros las vencíamos. Pero un éxito tan brillante y tan rápido tenía que atraernos también, como siempre sucede, ciertos celos y envidia, que latentes por mucho tiempo, estallaron en el momento oportuno y no han dejado de amargar los goces de la victoria.

En lo próspero y en lo adverso me ha tocado mi parte, y todo lo acepto con la alegre y santa indiferencia que recomienda en sus ejercicios San Ignacio de Loyola, cuyo nombre se me dió en el bautismo. Desde el principio, recordando las máximas de San Vicente de Paul, traté de eliminarme, y al efecto señalé confesor á las moradoras de la recién fundada casa, y quise que todo lo manejasen ellas por sí solas. ¡Imposible! Extranjeras en su mayor parte, necesitaban revelar en su propio idioma los secretos de su conciencia, y me suplicaron que yo mismo fuera su director espiritual. ¡Imposible! Para entenderse con la multitud de obreros que trabajaban en la construcción y decoración de la casa, se requería mi presencia cotidiana en la misma. ¡Imposible! Para mil y mil pormenores, y reparaciones y mejoras, era indispensable que se me pusiese todo delante de los ojos, y se me hiciese subir á menudo hasta la cumbre de la torre y bajar hasta lo más profundo de los sótanos. No conseguí esta eliminación sino hace tres años, en que habían cesado las obras de construcción, y el cuerpo de profesoras se componía casi exclusivamente de mexicanas ó de personas versadas en el idioma castellano. Con este alejamiento coincidió lo que á algunos ha parecido declinación en el colegio; como también con una larga

ausencia hace diez años había coincidido una pasajera detención en la marcha progresiva del establecimiento.

¿Es esto una mera coincidencia? No me toca á mí resolverlo. Lo que sí puedo y debo asegurar, es que á todas horas y en todas épocas estoy dispuesto á servir como antes al Sagrado Corazón. Si (como parecen indicarlo las circunstancias, para quitar siquiera á los malos católicos que confían sus hijas á los propagandistas protestantes, el pretexto de que á ello los mueve el deseo de que aprendan inglés) vuelve en esta casa á predominar el elemento extranjero, y me necesitáis como antes para consejero y director de vuestras conciencias, aquí me tenéis. Si la prosperidad que ha huido hace años de mi ciudad y diócesi, sienta otra vez sus reales entre nosotros, y llueven alumnas á este colegio, y sus vacíos dormitorios se llenan y dejan de ser suficientes sus vastos salones, aquí estoy otra vez dispuesto á venir continuamente, y trepar por los andamios agujijoneando á los trabajadores para que rápidamente amplíen el edificio. Si, por el contrario, continúa la escasez y no bastan las pocas alumnas para sufragar á los fuertes gastos de tan importante establecimiento, aquí está mi bolsillo para cubrir el déficit de vuestro presupuesto, como lo ha verificado otros años. Si, lo que Dios no quiera, otra epidemia como la de 1893 torna á afligiros, aquí estaré, no sólo para daros valor y ayudaros en vuestras penas, sino para luchar á brazo partido, como lo hice entonces, contra la malevolencia encubierta con la máscara de una ciencia problemática. Si, lo que creo no se repetirá, el enemigo de las almas se reviste para atacaros, como en 1895, con el hábito bicolor de insigne corporación reli-

giosa, aquí estaré para impedir que os expulse de vuestro templo y vuestra casa. Si, por último, el mismo enemigo sigue disfrazándose con el negro manto de la piedad y del ardiente celo, y continúa minando el terreno para hacer volar á la hora menos pensada el edificio que os alberga, alerta estaré, como hasta ahora, para descubrir sus asechanzas, inutilizar sus minas y apagar sus ocultos fuegos. Entretanto, ahora y siempre y en todas ocasiones, soy y seré el Obispo que sabe cumplir con todos sus deberes y defender todos sus derechos; el Obispo amigo del Sagrado Corazón, no para oprimirlo con su amistad, ni importunarlo con sus propios caprichos, ni relajar la observancia, sino para ayudarle á conservar la disciplina y á mantener inalterable el espíritu del orden, sin disminuir en lo más mínimo su legítima libertad.

He tenido siempre como norma invariable en mis relaciones, no sólo con el Sagrado Corazón, sino con todas las sociedades á quienes he confiado mis establecimientos de educación, el siguiente dilema: Ó el Obispo tiene plena confianza en una congregación religiosa, ó no la tiene. Si lo primero, déjele completa libertad de acción, no ponga trabas á su gobierno, no estorbe su marcha ni ponga coto á sus medidas administrativas. Si, por el contrario, la confianza se pierde, mejor es venir á un divorcio legítimo, que no el mortificar y mortificarse con una intervención enojosa ó entretenimientos que sólo sirven para matar la caridad.

Efecto necesario de la confianza que he tenido y tengo en el Sagrado Corazón, como sociedad, es mi absoluta neutralidad (iba á decir indiferencia) por los individuos. Ni la maternal amistad que desde mis tiernos años

me profesó la nunca bien llorada Superiora General, madre Lehon, me hizo desviar un ápice de este principio. Jamás le pedí para mi plantel á determinada persona; jamás me lamenté de cambio alguno: á lo sumo me aventuré tímidamente á hacer alguna leve indicación, una que otra vez que á ello se me instó.

Pero aunque en una sociedad religiosa bien constituida el individuo se pierde en esa grande entidad que forma la corporación, no queda absorbido totalmente como las gotas de agua en el Océano, ni confundido de tal manera que nos impida señalar con el dedo á ciertas grandes personalidades, y consagrarles el tributo de nuestra gratitud y nuestra veneración. Yo os invito á manifestar hoy estos sentimientos, á las cuatro Superiores que ha tenido esta casa en los once años que cuenta de vida. Dos encontraron sólo flores en su camino, y sus espirituales triunfos se cuentan por los días de su administración. Dos marcharon sin cesar sobre abrojos y espinas, y la sangre de sus plantas aún está fresca en la senda que recorrieron. Todas son acreedoras á nuestro reconocimiento y nuestro amor.

Una nueva era va á empezar para este mi querido colegio. Como veis, erraron grandemente los que afirmaban que el Sagrado Corazón dejaba la dirección de este plantel. ¡Injuria gravísima fué siquiera pensarlo! ¿Se figuraban, por ventura, que esta religiosa sociedad es una compañía mercantil, que cierra su tienda desde el momento que la población empobrecida deja de hacer sonar el oro sobre su mostrador? Ya veis que en los tiempos adversos, lo mismo que en los prósperos, permanece en su puesto sacrificándose por la educación de vues-

tra juventud. ¡Pueblo de San Luis Potosí! Es fuerza que correspondáis á tamaña abnegación y á tantos sacrificios. Como os dije al principio, para sostener un establecimiento de educación no bastan recursos pecuniarios, ni suntuosos edificios, ni un cuadro selecto y numeroso de profesores; es indispensable el favor del público. ¡Que no se diga nunca que faltó este favor al Sagrado Corazón de San Luis!



## DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO SEMINARIO DE SAN LUIS POTOSÍ, EL 8 DE AGOSTO DE 1897.